



Aalborg Universitet

AALBORG UNIVERSITY
DENMARK

Populismo fragmentado: ¿Una cuarta ola de populismo en América Latina?

Agustin, Oscar Garcia

Published in:
Pensamiento social danés sobre América Latina

Creative Commons License
Other

Publication date:
2021

Document Version
Publisher's PDF, also known as Version of record

[Link to publication from Aalborg University](#)

Citation for published version (APA):
Agustin, O. G. (2021). Populismo fragmentado: ¿Una cuarta ola de populismo en América Latina? In A. M. Edjesgaard Jeppesen, E. G. Palomares Rodríguez, & G. Wink (Eds.), *Pensamiento social danés sobre América Latina* (pp. 59-74). CLACSO. https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?orden=&id_libro=2422&pageNum_rs_libros=0&totalRows_rs_libros=1590

General rights

Copyright and moral rights for the publications made accessible in the public portal are retained by the authors and/or other copyright owners and it is a condition of accessing publications that users recognise and abide by the legal requirements associated with these rights.

- Users may download and print one copy of any publication from the public portal for the purpose of private study or research.
- You may not further distribute the material or use it for any profit-making activity or commercial gain
- You may freely distribute the URL identifying the publication in the public portal -

Take down policy

If you believe that this document breaches copyright please contact us at vbn@aub.aau.dk providing details, and we will remove access to the work immediately and investigate your claim.

POPULISMO FRAGMENTADO: ¿UNA CUARTA OLA DE POPULISMO EN AMÉRICA LATINA?

Óscar García Agustín

LA PROCLAMACIÓN DE Donald Trump como presidente de Estados Unidos (2016-2020) o fenómenos como el Brexit o el ascenso de la extrema derecha en Europa han puesto el foco de atención en el estudio del populismo global. Mientras que en 2008 se evidenciaba una crisis económica sin precedentes y de legitimidad del sistema económico y político, la década de 2010 quedaba innegablemente unida a la emergencia de determinados populismos tanto de izquierda como de derecha. En América Latina, la situación es más compleja. El populismo es un fenómeno político bien conocido con un desarrollo histórico particular que se remonta a los años 40. En este sentido, tanto las prácticas populistas, arraigadas en diversas coyunturas económicas, como los estudios sobre el populismo tienen un largo recorrido. Lo interesante de la actual coyuntura es contemplar el populismo latinoamericano como un fenómeno con sus propias especificidades históricas, políticas y culturales, y, al mismo tiempo, como parte de un fenómeno global presente en todos los continentes.

Felipe Burbano de Lara (1998) comenta que el populismo recuerda a un fantasma que persigue al análisis político de América Latina y que reaparece repentinamente para provocar de nuevo debates y polémicas. Esta peculiaridad hace que el concepto de populismo sea, por un lado, superficial e impreciso y que, por otro, suele acompañar discusiones de gran relevancia sobre la actualidad política y teórica. Conviene, por eso, atender a los contextos en los que se inscribe el po-

pulismo y las temáticas con las que se asocia. Como sostiene, Yannis Stavrakakis (2017), el populismo no es necesariamente ni bueno ni malo. Lo que está en juego es cómo se articula el populismo en contextos específicos: si es democrático o antidemocrático, si es un corrector o una amenaza para la democracia, si resulta incluyente o excluyente, etcétera. El análisis de los populismos debe realizarse en el contexto de los diversos procesos de democratización y en relación con la democracia liberal, dado que el populismo puede ser antiliberal pero no necesariamente antidemocrático (De la Torre, 2013). Por ejemplo, se pueden producir tensiones entre mayor inclusión y participación y la apropiación de la voluntad popular y acumulación de poder por parte del líder.

El populismo es, en definitiva, un fenómeno complejo y ambiguo que debe estudiarse en el contexto en el que emerge y se desarrolla. El objetivo de este artículo es analizar las formas existentes de populismo en América y Latina y tratar de identificar si hay elementos suficientes para hablar de una nueva ola populista y sus implicaciones políticas en la región. Para ello, es necesario atender a diversos factores como los liderazgos políticos, las nociones de pueblo y soberanía, la relación con las instituciones existentes y la situación económica y regional. De hecho, el populismo solo se puede explicar si se establece una conexión entre lo que sucede a nivel nacional (el papel atribuido al estado o a la comunidad) e internacional (la relación con la globalización o el libre mercado). Con base en la relación entre la economía política nacional e internacional, la hipótesis de este artículo es que estamos ante una cuarta ola de populismo que puede caracterizarse como “populismo fragmentado”, puesto que, debido a la disparidad de respuestas nacionales a la situación política y económica regional, no existe una línea ideológica coherente o un proyecto político que abarque tal diversidad de populismos. Aunque no haya una respuesta ideológica homogénea extensible a la región, el populismo fragmentado tiene en común que el hecho de que el populismo se ha convertido en el principal modo de explicar la gestión política nacional, conectada con la situación regional y global. De este modo, tras una breve presentación del desarrollo histórico del populismo, nos centraremos en una caracterización del populismo fragmentado y usaremos algunos de los principales ejemplos para ilustrarlo. Como comentábamos, el populismo es un fenómeno contextual. Por lo tanto, su definición y caracterización deben realizarse dentro del contexto en que se analiza; en nuestro caso, desde mediados de la década de 2010 hasta la actualidad.

LAS TRES OLAS DE POPULISMO

A pesar de las dificultades para definir populismo, Yannis Stavrakakis (2018a) propone una definición mínima, constituida por dos elementos: a) centralidad del pueblo: “el pueblo” actúa como un punto de referencia para articular otros significantes, ideas y demandas; y b) anti-elitismo: el campo sociopolítico se representa de forma antagónica entre nosotros (los marginados, los excluidos, “el pueblo”) y ellos (el *establishment*, la élite). En el caso de América Latina, la arti-

culación antagonica entre “el pueblo” y “la élite” puede identificarse a través de diversas épocas, lo cual permite diferenciar tres olas de populismo. En estas fases, se percibe la tensión entre un ímpetu democrático, consistente en ampliar la inclusión de grupos marginados, y una tendencia autoritaria, consecuencia de la capacidad otorgada al liderazgo para representar los intereses del pueblo. La apelación al pueblo contra las élites, ya sean nacionales o internacionales, ha tenido una función claramente movilizadora que contrasta con la posterior apropiación de la “voluntad popular” por parte del líder. Al mismo tiempo, la propuesta de ambiciosos cambios en el modelo económico, tanto en el ámbito nacional como regional, han llevado, frecuentemente, a reformas de calado más moderado del esperado. En definitiva, las tres tensiones se pueden resumir en términos de democratización contra autoritarismo, participación contra representación y transformación sistémica contra reforma.

La primera ola, denominada populismo clásico, abarca entre la década de 1940 y los años 70, y está asociada con el nacionalismo y el fortalecimiento del estado nación. Las diversas propuestas populistas fueron una respuesta a la crisis institucional (el estado liberal oligárquico) y económica (el modelo agroexportador) de las repúblicas latinoamericanas. La articulación discursiva de “el pueblo” sirvió para movilizar e incluir a grupos excluidos, como los “descamisados” de Perón o los “olvidados” de Velasco Ibarra. El doble antagonismo (el pueblo contra las élites, la nación contra el imperialismo) conllevó la extensión del sufragio y la promoción de políticas desarrollistas (industrialización por sustitución de importaciones) por parte del estado, cuya capacidad de transformación de las estructuras socioeconómicas fue limitada (Capdevila *et al.*, 2019).

La segunda ola, el neopopulismo, iniciada en la década de 1980 y desarrollada durante los 90, implica un cambio en la concepción de populismo. En principio, el neopopulismo presenta una mayor compatibilidad con la democracia liberal y económicamente abraza el modelo neoliberal y la aplicación del Consenso de Washington. El populismo pierde, en este caso, su función inclusiva de grupos marginados y el componente redistributivo, íntimamente relacionado con el papel atribuido al estado. El resultado fue, debido al giro autoritario de los líderes neopopulistas, que, a pesar de su inicial compatibilidad con la democracia liberal, el liberalismo se convirtió en una estrategia de personalización política por medio de fuertes liderazgos y acumulación de poder. Los líderes populistas emergen como solución para la crisis del sistema de partidos y de las instituciones políticas, pero terminan por reforzar el poder ejecutivo en detrimento de los parlamentos (De la Torre, 2013). Los casos de Carlos Menem en Argentina y el autoritarismo de Alberto Fujimori en Perú ilustran esta segunda ola.

Mientras que las dos primeras olas suelen ser definidas por su aparición cronológica (populismo clásico y neopopulismo), la tercera es clasificada en términos ideológicos, al ser denominada como populismo de izquierda o radical. La crisis del sistema de representación, formulada con claridad en las protestas argentinas en 2001 mediante el grito de “¡Que se vayan todos!” destinado a los

políticos, y la exclusión económica y política de grupos sociales conectan con el populismo clásico. Lo mismo puede decirse de la recuperación del estado y las políticas redistributivas. El populismo de izquierda también ha sido relacionado con el estilo de liderazgo y la “democracia delegativa” de Menem y Fujimori, consistente en atribuirse poderes excepcionales en nombre de los intereses populares (Paramio, 2005). Al contrario que el neopopulismo, el populismo de izquierda rechazó las propuestas del Consenso de Washington, cuyos síntomas de agotamiento ya eran evidentes a inicios de la década de 2000, y emprendió la búsqueda de un nuevo modelo económico (como correctivo a los excesos del neoliberalismo) y regional (con la intención de buscar un enfoque más autónomo o independiente). El mayor énfasis en las políticas sociales y redistributivas convivió con políticas orientadas al libre mercado (solo el caso de las nacionalizaciones fue visto como una amenaza). Las nuevas organizaciones regionales (UNASUR, ALBA, CELAC) reflejaron el intento de promover mayor cooperación regional y preservar, al mismo tiempo, la soberanía nacional. La expansión regional del populismo permitió combinar la existencia de un enemigo interno (la oligarquía) con la de un enemigo externo (el imperialismo de Estados Unidos). El alcance de las reformas políticas y jurídicas fue bien distinto. En este sentido, destacan los procesos de asambleas constituyentes en Venezuela, Bolivia y Ecuador para establecer un nuevo marco constitucional. Por eso, no es de extrañar que los casos más representativos de populismo hayan sido los de Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador.

En la Tabla 1 se pueden observar las diferentes olas de populismo con sus principales características. Cabe destacar que no solo cambian los principales rasgos del populismo, sino la forma de definir y entender el populismo. Mientras que en el populismo clásico la articulación de grupos excluidos en torno al líder es definitiva, en el caso del neopopulismo predomina el liderazgo político y la acumulación de poder personalista. La centralidad del pueblo es recuperada por el populismo de izquierda en un contexto de mayor consolidación democrática que en tiempos del populismo clásico y con una proyección regional bien diferente de la apuesta por el libre mercado del neopopulismo.

Tabla 1
Olas del populismo en América Latina

	Período	Ideología	Modelo económico	Modelo regional	Ejemplos
Populismo clásico	1940-70	Nacionalista	Industrialización por sustitución de importaciones	Regionalismo cerrado	Juan Domingo Perón (Argentina), Getulio Vargas (Brasil), José María Velasco Ibarra (Ecuador)
Neopopulismo	1980-90	Neoliberal	Consenso de Washington	Regionalismo abierto	Carlos Menem (Argentina), Alberto Fujimori (Perú)
Populismo de izquierdas	2000	Izquierdas	Pos-neoliberalismo	Neorregionalismo	Hugo Chávez (Venezuela), Evo Morales (Bolivia), Rafael Correa (Ecuador)
Populismo fragmentado	2010	Diversa	Neoliberalismo global		Jair Bolsonaro (Brasil), Andrés Manuel López Obrador (México), Nayib Bukele (El Salvador)

Fuente: Elaboración propia.

La pregunta que queda abierta es si tras el ocaso del populismo de izquierda es posible identificar un nuevo tipo de populismo. La llegada de Mauricio Macri al poder en Argentina en 2015 y la irrupción de otros líderes políticos llevó pronto a hablar de una “nueva derecha”, con un discurso post-ideológico, un liderazgo de tipo empresarial, talento democrático y una cara social (Giordano, 2014). Para afrontar el creciente descontento con el *establishment*, la nueva derecha optó por adaptar sus políticas dentro de los límites de las élites establecidas (El-Erian, 2016). Sin embargo, la incapacidad demostrada por la nueva derecha para ofrecer soluciones satisfactorias para paliar el descontento social se tradujo en el fin del supuesto cambio regional del populismo de izquierda a la nueva derecha. En su lugar, se desató una fase de movilizaciones populares, seguidas por la aparición de políticos de diferente signo ideológico opuestos a las élites y el *establishment*. Esta disparidad de posiciones contra las élites caracteriza, en efecto, la nueva ola de populismo que hemos definido como populismo fragmentado.

EL POPULISMO FRAGMENTADO

Como comentábamos, la nueva fase de aparente consolidación democrática, que combina un regreso a las políticas neoliberales con un perfil más social de lo que suele atribuirse a la derecha, pronto mostró su debilidad y fue reemplazada por una época de mayor indefinición. Entre los principales indicadores de cambio encontramos la derrota de Macri y el regreso del peronismo de la mano de Alberto Fernández en Argentina, el fracaso en Bolivia de imponer un gobierno alternativo a la línea implementada por Evo Morales, el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil, que terminaba con la ilusión de conformar una fuerza de centro-derecha tras el gobierno de Michel Temer, o el fin de la alternancia entre izquierda y derecha en El Salvador, simbolizada por la toma de posesión del empresario Nayib Bukele como presidente en 2019. Por otro lado, la situación en Venezuela tras la muerte de Hugo Chávez se tornó cada vez más compleja, debido al creciente autoritarismo del presidente Nicolás Maduro, la dificultad de generar una nueva derecha en torno a Henrique Capriles y la autoproclamación de Juan Guaidó como presidente legítimo. En este contexto, hay una serie de características que deben tenerse en cuenta para comprender esta nueva ola de populismo:

- la crisis del sistema político de representación, evidenciado por el descontento y rechazo de los votantes hacia los partidos tradicionales y la emergencia de modos alternativos de hacer política;
- la continuada debilidad institucional de sistemas presidencialistas o semipresidencialistas con extendidos casos de corrupción y el consecuente hartazgo popular hacia la clase política;
- la falta de una línea regional definida, mostrada en la diversidad ideológica, así como en la incertidumbre sobre posibles modelos de cooperación regional;
- la creciente polarización social y política dentro de los países, al igual que polarización regional (marcada por la posición hacia Venezuela);
- la emergencia de nuevas y numerosas protestas sociales y la incapacidad del estado para satisfacerlas;
- la predominancia del neoliberalismo como modelo económico, a pesar de los intentos regionales de avanzar hacia una fase post-neoliberal, desatando tensiones entre la economía de mercado y el gasto social y sanitario (cuya necesidad fue puesta durante la gestión de la pandemia);
- la existencia de una ola de populismo global que acapara la mayoría de las discusiones e interpretaciones políticas, especialmente tras la elección de Donald Trump.

Si tomamos en cuenta todos estos factores, no solo es posible hablar de una nueva ola de populismo, basándonos en los nuevos liderazgos políticos, sino también

imaginar la aparición en el futuro de nuevos líderes populistas como consecuencia y “solución” a los desafíos de la actual coyuntura económica y política. A continuación, pasamos a caracterizar la ola de populismo fragmentado y sus principales desarrollos.

ANTIPOPULISMO: CHAVISMO Y TRUMPISMO

La llegada de los gobiernos populistas de izquierda dio un impulso a la recuperación positiva del término “populista”, relacionado con la soberanía popular y la inclusión política de las luchas populares. En el plano teórico, *La razón populista* de Ernesto Laclau se convirtió en el principal referente. Sin embargo, en el debate público es rara la ocasión en que el populismo adquiere connotaciones positivas y suele asociarse con el autoritarismo. Como señala Yannis Stavrakakis (2018b), el populismo no puede entenderse sin el antipopulismo. Por tanto, además de la división entre el pueblo y las elites, formulada por el populismo, hay que tener en cuenta como los discursos dominantes generan discursos antagónicos entre el populismo —como algo peyorativo (autoritario, antidemocrático)—, y el antipopulismo —como la solución (democrático, institucional)—. La intención de esta oposición es desacreditar las propuestas populistas y legitimar el orden existente. En la ola de populismo fragmentado, un elemento en común es la articulación de discursos antipopulistas que deslegitiman el populismo, tanto de izquierda como de derecha, atribuyéndole un carácter autoritario. El antipopulismo es empleado por los partidos del *establishment* y difundido por los medios de comunicación tradicionales. Sin embargo, no es descartable que líderes populistas de derecha, como Bolsonaro, desacrediten a sus adversarios políticos mediante un discurso antipopulista, dirigido contra el centro-izquierda. Quizás la figura de Bolsonaro aúne las paradojas del antipopulismo: por un lado, Bolsonaro agitó en la campaña electoral el miedo a que Brasil se convirtiera en la nueva Venezuela si ganaba Fernando Haddad, candidato del Partido de los Trabajadores, y, por otro, la oposición y los medios señalaban a Bolsonaro como el Trump brasileño. De hecho, el discurso antipopulista latinoamericano se ha articulado en torno al chavismo y al trumpismo para enfatizar los rasgos autoritarios y el exceso de acumulación personalista de poder. La figura de Chávez, proyectada hacia la situación actual de Venezuela, y la de Trump se convierten en extremos indeseables desde la perspectiva antipopulista, que generan división y violan las reglas del juego democrático.

Mientras que tradicionalmente se suele apuntar a la debilidad del sistema de partidos como causa de la emergencia del populismo en América Latina, es interesante que Trump, proveniente de uno de los dos partidos históricos de Estados Unidos, se haya convertido en el gran referente antipopulista. Se trata de un claro síntoma de que la política personalista trasciende la lógica tradicional de la política de partidos. Asimismo, el antipopulismo va más allá de la lógica nacional y regional y se convierte en un fenómeno global. Como señala Albert Trithart (2018), comparar a líderes políticos con Trump se ha convertido en una práctica común en la prensa internacional, a pesar de tratarse de una simplifica-

ción de las dinámicas nacionales y de generar la expectativa de que la victoria de Trump se reproduzca en otros países. El caso de Bolsonaro es quizás el más obvio. El “Trump brasileño” (Manz, 2018) comparte con el mandatario estadounidense su oposición a la política tradicional corrupta y a los valores liberales y marxistas que amenazan a la nación brasileña. Sin embargo, las diferencias son igualmente notables: Bolsonaro fue militar, formó parte del sistema político durante 28 años y es contrario al proteccionismo comercial (Gratius, 2018). Las comparaciones pueden ser legítimas e incluso relevantes. Sin embargo, para el antipopulismo, el objetivo es deslegitimar al líder político y globalizar el fenómeno populista, esto es, cómo lo que pasa en Estados Unidos se aplica a otros países. Si miramos a la izquierda, abundan las referencias a Chávez, Maduro o Venezuela. Cualquier líder político de izquierdas desde Verónica Mendoza en Perú hasta Andrés Manuel López Obrador en México son equiparados con el chavismo. Las asociaciones no solo se encuentran en los medios de comunicación, sino que impregnan el debate político con la misma función deslegitimadora.

El antipopulismo, que acusa al populismo de simplificar la política, produce un discurso enormemente simplista que genera una polarización entre los líderes considerados como autoritarios y los liberales o demócratas. Por eso, no es de extrañar que, en su afán por eliminar la importancia de la ideología, líderes como López Obrador o Bolsonaro son clasificados a su vez como trumpistas y chavistas. Este enfoque lo encontramos, por ejemplo, en el análisis de Gonzalo Marroquín sobre el presidente de Guatemala, Jimmy Morales (2016-2020), que destaca las similitudes entre Morales, Trump y Maduro. Las características comunes son, entre otras, el rechazo a la justicia y a la prensa independientes, el nacionalismo, y la creciente división social. La explicación, según Marroquín, es que “mantener dividida a la sociedad les produce réditos a quienes gobiernan con autoritarismo” (2018). En definitiva, el antipopulismo dibuja una imagen del populismo como autoritarismo, más allá de las ideologías, que advierte de las amenazas que el populismo a nivel regional (chavismo) y global (trumpismo) conlleva.

POPULISMO DE IZQUIERDA

Resulta curioso que la fuerza política Podemos se inspiró en el populismo de izquierda latinoamericano para formular su propuesta en el contexto español, mientras que ahora algunos partidos latinoamericanos se inspiran en Podemos para conformar una alternativa populista de izquierda en América Latina. Este ejemplo de influencia global y diálogo de ida y vuelta nos sirve para distinguir dos tendencias dentro del populismo de izquierdas: el populismo de izquierda clásico y el populismo de izquierda renovado. El primero supone una reedición o consolidación del populismo de la década de 2000 desde posiciones de poder; el segundo se ha movido hasta ahora en el terreno de la oposición política sin formar parte de las estructuras estatales de poder.

En la categoría de populismo de izquierda renovado encontramos los casos del Movimiento Nuevo Perú y el Frente Amplio de Chile. Nuevo Perú es un parti-

do político creado en torno al liderazgo de Verónica Mendoza, tras la disolución del Frente Amplio, partido con el cual Mendoza fue candidata en 2016. El Frente Amplio, fundado también en 2017, difiere en su origen de Nuevo Perú porque se trata de una coalición de partidos políticos y movimientos sociales. A pesar de esta diferencia, ambos partidos comparten su forma organizativa como partido-movimiento, la apelación a mayorías sociales mediante un discurso transversal (en lugar de un discurso ideológico), la renovación de la democracia como principal objetivo político, el rechazo a las élites corruptas, una noción de pueblo plural e inclusiva y la combinación de fuertes liderazgos mediáticos con la demanda de mayores mecanismos de participación. La tensión interna se ha convertido también en parte de la dinámica de estos partidos. Además de la pronta disolución del Frente Amplio de Perú, son ya varios los partidos que han abandonado el Frente Amplio chileno, debido a discrepancias sobre la línea ideológica (en breve, entre mantener la línea transversal o moverse hacia la izquierda). Además, ambos partidos participan en contextos de alta movilización y protestas sociales, protagonizados por jóvenes y estudiantes y el uso de redes sociales. Aparte de estas novedades, el populismo de izquierda renovado comparte elementos con el populismo de izquierda como, por ejemplo, la recuperación de la soberanía. Así se expresaba Mendoza en la fundación de Nuevo Perú: “Hace falta recuperar la democracia para ponerla al servicio del pueblo, recuperar nuestra soberanía sobre los recursos” (Fowks, 2017). Beatriz Sánchez, quien fuera candidata a las elecciones por Frente Amplio, se refiere al legado del populismo de izquierda en los siguientes términos: “Valoro que en un continente que estaba marcado por el poder de las élites y la derecha se empezó a proyectar con soberanía frente al neoliberalismo” (Villasenin, 2018). La oposición entre soberanía y neoliberalismo reproduce un antagonismo doble: contra las élites tanto nacionales como globales.

La vigencia del populismo de izquierda clásico cuestiona el agotamiento del modelo de populismo de izquierda de la década de 2000 o, desde otra perspectiva, pone a prueba la capacidad del populismo de adaptarse al nuevo contexto político y económico tras el fin del ciclo progresista. No incluimos en esta categoría a Nicolás Maduro, dado su endurecimiento de su posición autoritaria y la polarización política que imposibilita cualquier tipo de diálogo institucional con la oposición. La llegada al poder de López Obrador en México, Alberto Fernández en Argentina y Luis Arce en Bolivia revitaliza el peso de la izquierda y frena el asentamiento de la derecha en la región. Aunque todavía no queda claro cómo van a evolucionar durante sus presidencias, Fernández y Arce representan procesos de aparente continuidad: Fernández, encarnando el regreso del peronismo al poder y contando con Cristina Fernández de Kirchner como vicepresidenta; Arce, avalado por Morales desde el exilio. Sus respectivas victorias electorales pusieron freno a distintos tipos de “nueva derecha” emergentes tanto en Bolivia como en Argentina.

El caso de López Obrador es diferente porque el populismo de izquierda en México es una novedad y, en este sentido, podemos afirmar que su imple-

mentación, tras previas derrotas electorales de López Obrador, llega tarde en un contexto regional en el que el populismo de izquierda (ni la izquierda en general) no es hegemónico en Latinoamérica. Con un ambicioso proyecto de cambio para el país, denominado “Cuarta Transformación”, López Obrador, tal y como reflejó en su discurso ante la Asamblea de la ONU, se compromete a dirigir México hacia una fase de democracia real: “Apenas ahora estamos dando los primeros pasos para que México sea un país verdadera y auténticamente democrático, posiblemente por la falta de democracia” (EFE, 2020). La victoria de Morena (Movimiento de Regeneración Nacional), un partido de corte personalista, encumbró a López Obrador a la presidencia de México. López Obrador articuló su discurso en contra de las élites y a favor de la inclusión de sectores marginados de la sociedad. Su compromiso al vencer las elecciones de “No mentir, no robar y no traicionar el pueblo” (Rincón, 2018) reproduce el esquema populista de la oposición entre el pueblo (y el líder como parte y representante de él) y la élite corrupta. No es de extrañar, pues, que el proyecto de López Obrador reavive las tensiones entre el ímpetu democratizador y el riesgo de autoritarismo, por lo que las opiniones en torno al mandatario se hayan polarizadas. El conflicto con la prensa es una clara manifestación de dicha tensión. López Obrador mantiene una confrontación abierta con los medios de comunicación conservadores, como se vio cuando el presidente se refirió a la “prensa fifi” para criticar a intelectuales, escritores y prensa conservadora. El motivo es, según López Obrador, que este tipo de prensa dice abogar por el liberalismo cuando, en realidad, lo hace por el conservadurismo y el autoritarismo. La tensión entre liberalismo y populismo (también en boca de los anti-populistas) muestra algunas de las contradicciones (al igual que su potencial y limitaciones) del populismo de izquierda que ya encontrábamos en el populismo de izquierda del 2000.

POPULISMO MAINSTREAM

La victoria electoral de Nayib Bukele en 2019 conlleva el fin del bipartidismo en El Salvador y el fin de una era de alternancia en el gobierno entre el centro-izquierda de FMLN y el derechista Alianza Republicana [ARENA] desde 1989 hasta 2019. Bukele representa un nuevo tipo de liderazgo populista. Antes de alcanzar la presidencia, militó en tres partidos (dos de izquierda y uno de derecha), por lo que el factor ideológico parece quedar supeditado a un proyecto personalista. Puede decirse que Macri es un antecedente de este tipo de populismo por contar con un estilo de liderazgo empresarial similar. Sin embargo, Macri definía gran parte de su discurso en oposición a Cristina Fernández de Kirchner, mientras que Bukele se posiciona en contra de la política tradicional y del modelo (insuficiente) de entender la política entre izquierda y derecha. Por eso, hemos recuperado la denominación aplicada por Alain Minc a Emmanuel Macron de “populista mainstream” (Gardels, 2017). Este tipo de populismo se caracteriza por combinar la apelación a la gente y la cultura empresarial. Aunque como presidente Bukele se mueve hacia posiciones más clásicas de la derecha, su afán por superar el marco

ideológico basado en la oposición entre izquierda derecha, el fuerte apoyo popular, y la imagen y valores empresariales (frente a un ideario nitidamente conservador) nos permite diferenciarlo de otros políticos similares, pero claramente posicionados a la derecha (como Jimmy Morales y Bolsonaro).

A pesar de que el populismo mainstream se diferencia de otros populismos por su ambigüedad ideológica y el énfasis en la cultura empresarial, comparte la principal característica del populismo al plantear una relación antagónica entre el pueblo y las élites. Sin embargo, el antagonismo entre pueblo y élites no es el único que podemos identificar. La juventud y formas empresariales de Bukele le permitieron oponer su figura emprendedora liderando la “nueva política” contra la “vieja política”, encarnada por los partidos tradicionales y corruptos. Este conflicto también es extensible al uso de las redes sociales como forma de comunicación directa y eficaz, no solo durante la campaña electoral, sino también durante la gestión de su presidencia. Este uso favorable de las redes sociales contrasta con la animadversión que despierta entre los medios de comunicación tradicionales. Quizás sea el uso de las redes sociales, particularmente Twitter, una de las principales características de Bukele. De este modo, la forma de hacer política de Bukele ha sido caracterizada de “populismo *millennial*” (Mizrahi, 2019) por su nuevo estilo de emprendedor, conectado permanentemente a las redes sociales. La comunicación por Twitter favorece un modo de ejercer el poder personalista y verticalista, evitando cualquier tipo de mediación o deliberación colectiva. Así pues, por un lado, el uso de Twitter se asocia con la efectividad de su gestión cuando se comunica con ministros y funcionarios y les pide soluciones rápidas a distintos tipos de problemas, y, por otro, aumenta la verticalidad en la toma de decisiones y su indiferencia ante la asamblea legislativa. Además de estos usos aplicados a la campaña electoral y a la gestión presidencial, Bukele también ha encontrado en Twitter una herramienta eficaz para movilizar a sus simpatizantes y frenar las protestas de grupos opositores. Así descalifica Bukele a quienes se manifiestan contra sus políticas: “Mientras el pueblo está contento con el Gobierno, los corruptos están enojados y salen a marchar” (102nueve, 2020). La oposición entre pueblo y élite corrupta también es reproducida por los manifestantes que, por ejemplo, apoyaban la aprobación de un préstamo para luchar contra la violencia de las pandillas y denominaban a los opositores de “dipurratas”: “Ustedes están con el pueblo y no contra el pueblo como lo están estos diputados, estos políticos corruptos sucios” (Menéndez, 2020). A pesar de las crecientes críticas por autoritarismo, el apoyo popular a Bukele sigue manteniéndose alto frente a una oposición todavía en proceso de re-descomposición.

La agenda de Bukele se asemeja a la de otros populistas en su denuncia de la corrupción y a los populismos de derecha en la importancia de la lucha contra la violencia y la inseguridad ciudadana. La creciente militarización del gobierno de Bukele lo aproxima igualmente a las posiciones de Jimmy Morales y Bolsonaro. La imagen de los soldados dentro de la asamblea legislativa simbolizó un giro militar e intimidador hacia la oposición política. En su objetivo de llevar hacia

delante su plan de seguridad, Bukele anteponía su poder presidencial, respaldado por el ejército, frente al poder legislativo. Antes de entrar en la asamblea, Bukele se dirigió a sus seguidores en los siguientes términos: “El pueblo salvadoreño tiene el derecho a la insurrección para remover a esos funcionarios y reestablecer el orden constitucional” (Mur, 2020). Su legitimidad proviene, por tanto, del pueblo (también de Dios como mencionó posteriormente), y no del apoyo de los congresistas, lo cual le permite ejercer el poder de forma personalista. La posterior gestión del COVID-19 ha acentuado la concentración de poderes y la deriva autoritaria de Bukele que lo desplaza de su inicial posición de populismo *mainstream* hacia el populismo de derecha.

POPULISMO DE DERECHA

La irrupción de Jair Bolsonaro y su elección como presidente termina, por un lado, con la esperanza de conformar un espacio de derecha democrática o del regreso del Partido de los Trabajadores al poder como posibles escenarios políticos y, por otro, introduce un elemento de radicalización en la política regional, contribuyendo a la agrupación de los gobiernos de derecha y a la polarización política y económica (conllevando, por ejemplo, el fin de la UNASUR) con el objetivo de aislar al gobierno de Maduro. Algo que caracteriza al populismo de derecha, como pasa con Bolsonaro, es, precisamente, el menor foco en la apelación al pueblo. Atendiendo a la definición mínima de populismo, Bolsonaro, a diferencia de Trump, no plantea una clara relación antagonica entre el pueblo y la élite. Su discurso es contrario a las élites progresistas y el *establishment* político, pero no presenta una idea bien definida de quién es el pueblo. En su lugar, Bolsonaro apela a la religión, a la nación, al conservadurismo (en su forma más agresiva contra el feminismo, el progresismo, el multiculturalismo) y la seguridad para generar una división entre él y el resto de políticos (todos ellos corruptos). De hecho, como destaca Rafael Rezende (2018), la articulación de equivalencias de todas estas demandas se produce en torno a la figura del líder, quien, en su versión antagonica, representa principalmente el antipetismo. Apelar a la religión o a la nación y prometer combatir la violencia (como Morales y Bukele) han mostrado ser medios eficaces para articular diversas demandas sociales y conseguir el apoyo de distintas clases sociales, incluyendo a las clases populares. El populismo de derecha es un populismo, en definitiva, con menor presencia del pueblo (lo cual no quiere decir que Bolsonaro no apele ocasionalmente al pueblo para revestirse de legitimidad) y con un fuerte componente antielitista, dirigido sobre todo contra el legado del PT y el progresismo. A causa de su ultraconservadurismo y del uso arbitrario y personalista del poder, Bolsonaro, además de ser clasificado de autoritario, ha sido catalogado como neofascista para enfatizar que, más allá de un peligro para la democracia liberal, es un peligro para la democracia en general.

“Ni corrupto ni ladrón” fue el eslogan que encumbró a Jimmy Morales a la presidencia de Guatemala. La profunda crisis del sistema político y las múltiples protestas contra todos los políticos provocaron que Morales, cómico y curtido

en los medios y en la industria del entretenimiento, se convirtiera en el perfecto *outsider* para canalizar ese malestar. De manera similar a Bolsonaro, más que la centralidad del pueblo lo define su crítica al *establishment* político. Su posición ideológica puede definirse como conservadurismo, en guerra declarada contra el progresismo. Curiosamente, los escándalos de corrupción y conflictos con la justicia no tardaron en afectar a Morales y su familia. De proclamar la lucha contra la corrupción, Morales dirigió sus esfuerzos a desbaratar las acciones de la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala [CICIG], órgano independiente inicialmente apoyado por Morales. Con fuerte presencia militar en las calles y en la rueda de prensa, Morales anunció que no iba a renovar el mandato de la misión de la ONU, expulsando a la comisión del país. Esta medida se dio a conocer a la vez que Morales afrontaba la tercera solicitud para retirar su inmunidad. Para contrarrestar esta medida polémica, Morales avivó la división social y acentuó su ideario conservador, contrario al feminismo y la diversidad, con el proyecto de ley para la protección de la vida y la familia, que establece penas de cárcel para las mujeres que aborten, la prohibición de matrimonios del mismo sexo y de la educación sexual (Barrueto, 2018). El relevo presidencial, con la elección Alejandro Giammattei, augura una radicalización del conservadurismo. Giammattei, entre promesas de incluir la pena de muerte y terminar con la pandemia, llegó al poder con una promesa que no resultaba desconocida para el pueblo guatemalteco: terminar con la corrupción.

CONCLUSIÓN

El desencanto generalizado entre la población y la polarización social han profundizado las críticas contra los partidos políticos en América Latina. El populismo de izquierda no supo satisfacer las expectativas de cambio generadas (y derivó hacia el autoritarismo en Venezuela). La nueva derecha apenas fue capaz de articular una alternativa convincente. De ahí que en los últimos años abunden las propuestas de candidatos posicionados fuera del sistema político, cuya meta es canalizar las demandas del pueblo o, cuanto menos, confrontar a las élites corruptas. La falta de un proyecto regional, la debilidad institucional, la ausencia de referentes ideológicos claros, la recesión económica y la pandemia generan el contexto para la emergencia y desarrollo del “populismo fragmentado”, múltiples y diversas formas de populismo. En la tabla 2, presentamos los tres tipos de populismo que hemos identificado y sus principales características.

Tabla 2
Populismo fragmentado: Tipología

	Posicionamiento ideológico	Características	Ejemplos
Populismo de izquierda	Populismo clásico (en el poder) y populismo renovado (en la oposición)	Corrupción, igualdad, inclusión, participación	Clásico (López Obrador, Arce, Fernández) Renovado (Mendoza, Sánchez)
Populismo mainstream	Ambigüedad ideológica, tendencia a la derecha	Seguridad, corrupción	Nayib Bukele
Populismo de derecha	Conservadurismo, militarista	Seguridad, corrupción, antidiversidad, antiprogresismo	Jair Bolsonaro, Jimmy Morales

Fuente: Elaboración propia.

La persistencia de las movilizaciones sociales como las de Ecuador, Chile y Colombia en 2019 o las de Perú en 2020 no debería interpretarse como un caldo de cultivo para el populismo, sino que deberían tomarse en serio como lo que son: demandas de justicia social, igualdad y erradicación de la corrupción. La emergencia de líderes populistas, de distinto signo político, debería entenderse como intentos de cambiar dicha situación en un contexto en que el marco institucional no ofrece soluciones satisfactorias para la gente. Si bien las condiciones políticas y económicas de la región son comparables (la política económica del populismo), sería un error equiparar populismos de izquierda y de derecha como si fueran lo mismo. La oposición sin matices entre democracia liberal y populismo autoritario, propuesta del antipopulismo, desdibuja las propuestas y las diferencias ideológicas de los distintos tipos de populismo e imposibilita valorar su contribución a la democratización del sistema (o cuanto menos a comprender su apabullante apoyo popular). En este sentido, es importante seguir las experiencias de los diferentes tipos de populismo en cada país (en el poder y en la oposición), así como las posibles convergencias. Solo así podremos entender el populismo no como la causa de una crisis, sino como un síntoma. O, desde otra perspectiva, el populismo no como una solución, sino con un proyecto diverso con distintos objetivos, distintas trayectorias, y una gama de opciones que se mueven desde el autoritarismo hasta la democracia.

BIBLIOGRAFÍA

“Antes salía el pueblo. Ahora protestan los corruptos”: presidente Bukele sobre la protesta para exigir el pago del FODES. (25 de septiembre de 2020) 102nueve. Recuperado de <http://www.102nueve.com/2020/09/25/antes->

[salia-el-pueblo-ahora-protestan-los-corrupitos-presidente-bukele-sobre-la-protesta-para-exigir-el-pago-del-fodes/](#)

- Barrueto, L. (4 de septiembre de 2018). El giro al autoritarismo de Jimmy Morales en Guatemala. *Univisión*. Recuperado de <https://www.univision.com/noticias/opinion/el-giro-al-autoritarismo-de-jimmy-morales-en-guatemala>
- De Lara Burbano, F. (1998). A modo de introducción: el impertinente populismo. En F. Burbano de Lara (ed.), *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema “siempre” actual*, pp. 9-24. Caracas: ILDIS / FLACSO / Nueva Sociedad.
- De la Torre, C. (2013). El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo. *Nueva Sociedad*, (247), 120-137.
- López Obrador defiende su “cuarta transformación” de México en la ONU. (23 de septiembre de 2020). *EFE*. Recuperado de <https://www.efe.com/efe/america/politica/lopez-obrador-defiende-su-cuarta-transformacion-de-mexico-en-la-onu/20000035-4349438>
- El-Erian, M. A. (junio 2016). El ascenso de la derecha en América Latina. *Nueva Sociedad*. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/el-ascenso-de-la-derecha-en-america-latina/>
- Fowks, J. (11 de diciembre de 2017). Verónica Mendoza encabeza una nueva plataforma política en Perú. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2017/12/11/america/1512955783_595788.html
- Gardels, N. (5 de agosto de 2017). Macron’s election signals victory of a new kind of “mainstream populism. *HuffPost*. Recuperado de https://www.huffpost.com/entry/france-election-macron_b_5910b036e4b0104c73511698
- Giodarno, V. (2014). ¿Qué hay de nuevo en las nuevas derechas? *Nueva Sociedad*, (254), 46-56.
- Gratius, S. (octubre 2018). ¿Es Bolsonaro el Trump de Brasil? Posibles cambios en política exterior. *CIDOB*. Recuperado de https://www.cidob.org/es/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion/america_latina/es_bolsonaro_el_trump_de_brasil_posibles_cambios_en_politica_exterior
- Manz, T. (septiembre 2018). El Trump brasileño. *Nueva Sociedad*. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/el-trump-brasileno/>
- Marroquín Godoy, G. (10 de septiembre de 2018). Enfoque: Jimmy Trump, Jimmy Maduro, Jimmy Morales. *El Periódico*. Recuperado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/opiniones-de-hoy/2018/09/12/enfoque-jimmy-trump-jimmy-maduro-jimmy-morales/>
- Menéndez, C. (17 de febrero de 2020). Salvadoreños contra el congreso y en apoyo del presidente Nayib Bukele. *Euronews*. Recuperado de <https://es.euronews.com/2020/02/17/salvadorenos-contra-el-congreso-y-en-apoyo-del-presidente-nayib-bukele>

- Mizrahi, D. (15 de junio de 2019). Populismo *millennial*: Nayib Bukele y sus dos insólitas semanas de gobierno por Twitter. *Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/america/america-latina/2019/06/15/populismo-millennial-nayib-bukele-el-presidente-que-lleva-dos-semanas-gobernando-por-twitter/>
- Mur, R. (11 de febrero de 2020). El populismo divino del presidente salvadoreño amenaza con autogolpe. *La Vanguardia*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20200211/473437151386/el-salvador-presidente-bukele-populismo-dios.html>
- Paramio, L. (2005). Giro a la izquierda y regreso del populismo. *Nueva Sociedad*, (205), 62-74.
- Rezende, R. (2018). Jair Bolsonaro, populismo de derecha y fin de ciclo político. *Revista política latinoamericana*, (7), 1-15.
- Rincón, A. (1 de diciembre de 2018). Andrés Manuel López Obrador: la tercera fue la vencida. *France 24*. Recuperado de <https://www.france24.com/es/20181123-perfil-lopez-obrador-mexico-posesion>
- Stavrakakis, Y. (2017). How did “populism” become a pejorative concept? And why is this important today? A genealogy of double hermeneutics. *Thessaloniki: POPULISMUS Working Papers* (6).
- Stavrakakis, Y. (14 de mayo de 2018a). Three challenges in contemporary populism research. *LSE*. Recuperado de <https://blogs.lse.ac.uk/europpblog/2018/05/14/three-challenges-in-contemporary-populism-research/>
- Stavrakakis, Y. (2018b). Populism, Anti-Populism and Democracy. *Political Insight*, 33-35.
- Trithart, A. (9 de octubre de 2018). Trumps of the World. *Slate*. Recuperado de <https://slate.com/news-and-politics/2018/10/brazilian-trump-jair-bolsonaro-misleading-comparison.html>
- Villasenin, L. (2018). La globalización ha muerto. Entrevista a Beatriz Sánchez del Frente Amplio. *Oleada*. Recuperado de <https://oleada.com.ar/la-globalizacion-ha-muerto/entrevista-beatriz-sanchez-del-frente-amplio/>